La

Trenza

de sus

cabellos.

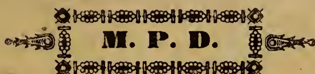
LA TRENZA
DE SUS CABELLOS.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

DE

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino, en 30 de Junio de 1849.



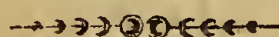
MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA INES.	*Doña Matilde Diez.*
BEATRIZ.	*Doña Micaela Durán.*
DON JUAN. . . .	*Don Julian Romea.*
EL DOCTOR. . . .	*Don Florencio Romea.*
EL BARON. . . .	*Don Pedro N. de Sobrado.*
EL CONDE.	*Don Lázaro Perez.*
CRIADOS.	

Reinado de Felipe IV.

ACTO PRIMERO.



Terrado en la casa del Conde: puertas á derecha é izquierda: en el foro una galería semicircular con barandilla y entradas y salidas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

EL. CONDE. EL DOCTOR.

Conde. Sí, sí, doctor... hay misterio.
Doctor. Podrá ser; pero, señor,
yo no lo encuentro...
Conde. Si hubiérais
observado como yo,
os prometo...
Doctor. El señor Conde
se fundará en tal razon...
Conde. Razon? Su melancolía
que cada vez es mayor.
Doctor. Siempre fué contemplativo:
desde una edad muy precoz
sabeis que á graves estudios
con hondo afan se entregó.
Las ciencias, la teología
investiga con ardor
y vos tomais por tristeza
lo que solo es abstraccion...

Vereis como con el tiempo
es todo un siervo de Dios.

Conde. Él os inspire. Le amo
con todo mi corazon:
sus nobles padres murieron;
su lugar ocupé yo,
y no he de contrariar
tan sagrada vocacion.
Pero don Juan há seis meses
con entusiasmo me habló
de ir á Roma y recibir
del vicario del Señor
las órdenes...

Doctor. Y, no ha vuelto
á hablaros del viaje?

Conde. No.

Doctor. Y bien, de eso qué inferís?

Conde. Tened en cuenta, doctor,
que mi hija hará seis meses
que á nuestro lado volvió.

Doctor. Es cierto.

Conde. Y, nada os revela
su contínua reclusion,
lo triste de su mirada
y su perdida color?

Doctor. Qué, señor Conde, pensais
que haber pueda entre los dos...

Conde. Nada que en agravio sea
de nuestra fama y honor.
Los conozco: sé que ambos
de virtud modelo son,
y puros sus corazones
como la esencia del sol.
Mas si se aman... si el labio,
escrúpulos del pudor
cierra, y cada cual se obstina
en devorar su pasion...
esto, doctor, será horrible.

Doctor. Muy horrible... pero yo
no encuentro en vuestras razones
la misma fuerza que vos.
Mi señora doña Inés

su edad primera pasó
en un convento; á las madres
se debe su educacion,
y há un año, recordareis
que con devoto fervor
quiso consagrarse al claustro
y sus cabellos cortó.
Esto prueba que al retiro
tiene cierta inclinacion...
que no dudo que atenúe
la corte con su esplendor.

Conde. Plegue al cielo! Sin embargo,
será bien que desde hoy
velemos por su reposo
con la mayor atencion.
Oh! quiero verlos felices;
que ignoren lo que es dolor
si es posible, y para esto
teneis que ayudarme vos.

Doctor. Mandad, señor, que en su dicha
cifro tambien mi ambicion.

Conde. Ved á don Juan; vos teneis
mayor influjo que yo
con él... me tiene respeto
pero á vos os tiene amor.
Habladle: que con franqueza
os abra su corazon,
y si al penetrar en él
encontrais que mi temor
es cierto; podeis decirle
que voy de su bien en pos;
que no sufra, y que me hable,
que yo no soy un Neron.

Doctor. Generoso como pocos
sois, señor Conde.

Conde. No, no;...
cumplo con esto un deber;
de don Juan soy el tutor.
Ahora, doctor amigo,
ya que sois de mi opinion,
convendrá que á doña Inés
examine...

Doctor. Al confesor
dejaré á solas.
Conde. Quereis
pasar á su habitacion
y decirla que la espero?
Doctor. Oh! sí...
Conde. Perdonad...
Doctor. Señor...
(*Se retira por la puerta izquierda.*)

ESCENA II.

EL CONDE, *despues* UN CRIADO.

Conde. Descubrir quiero este arcano:
puede que esté en un error,
y entonces les dejaremos
á su predestinacion.
Grave empresa me propongo...
leer en el interior!...
pero Dios me ayudará
en gracia de la intencion.
Criado. (*Sale.*) Señor?
Conde. Quién?
Criado. El rey os llama
con urgencia.
Conde. Al punto voy; (*Vase el criado.*)
que no es noble el que no acude
de su monarca á la voz.
(*Al disponerse á partir sale D. Juan por la izquierda de la galería.*)

ESCENA III.

DON JUAN. EL CONDE.

Conde. Oh, don Juan! Cómo os sentís?
Juan. Bien, señor conde.
Conde. Por Dios,
que me teneis afligido
con tanto estudiar...
Juan. Señor,
como siempre...

Conde. Es que ahora os veo
abatido, y no es razon
que por saber demasiado
nos deis un pesar atroz.
Vais á salir?
Juan. Sí; me llama
el rey. Quereis algo?
Conde. No.
Juan. Pues no olvideis lo que os digo:
Conde. alegraos, que en derredor
teneis muchos que padezcan
si á padecer llegais vos.
Eh! don Juan... no están reñidos
la ciencia y el buen humor.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

DON JUAN.

Juan. La ciencia... vana ilusion!
Sabiduría, dó hallarte?
adónde se aprende el arte
de vencer el corazon?
Le busco ¡ay Dios! con afan;
las sombras su luz me vedan,
y largas noches me quedan
y alegres dias se van.
Si no alcanzo á esclarecer
mi círculo tenebroso;
si no dá al seno reposo,
de qué me vale el saber?
Con él allá en mi profundo
retiro en la noche y dia,
defendido me creía
de las pasiones del mundo;
pues admitiendo un error
no esperé ¡ negra fortuna!
que hubiera pasion ninguna
á su influjo superior.
Qué necia credulidad!
y por fuerte me tenia

al propio tiempo que hacia
esclava á mi volunlad!
Estos los grandes trofeos
son que la ciencia promete?
Qué somos aquí? juguete
de nuestros locos deseos.
Mas, qué humana fortaleza
qué cimentado reposo
vencen á un ángel hermoso
de inmaculada pureza?
(*Mirando á la izquierda.*)
Cielos, ella!... se encamina
á este sitio... el campo cedo....
quisiera huir y no puedo;
su mirada me fascina.

ESCENA V.

DOÑA INÉS. DON JUAN.

Ines. Pensaba encontrarle aquí...
don Juan, mi padre?
Juan. Salió:
su magestad le llamó...
Ines. Perdonad.
Juan. Y ya os vais?
Ines. Sí.
Juan. Huís de mí, doña Inés?
Ines. Huir de vos!
Juan. Sí; tal creo:
há dos dias que no os veo.
Ines. No, no, don Juan, hace tres.
Juan. Tres? cierto; pero así dais
mas fuerza á las quejas mias:
sin vernos hace tres dias
os miro apenas, y os vais.
Ines. Al estudio consagrado
lo cultivais con fortuna;
y por no ser importuna
me alejo de vuestro lado.
Juan. Importuna!... La mision
que me he propuesto cumplir

me obliga del mundo á huir
de su pompa y presuncion.
Mas esta solicitud
no alcanza á vos, porque el cielo
os tiene aquí por modelo
de la mas pura virtud.
Ines Ved, don Juan, que exagerais:
jamás al cielo ofendí;
pero en verdad... (¡ay de mí!)
no valgo le que pensais.
Ju Sé tambien que sois dechado
de modestia...
I No he mentido.
J. Bien, doña Inés: tengo oido
que vais á tomar estado.
s. Inciertas las nuevas son;
ninguno mi fé procura.
Juan. Ninguno? pues se asegura
que os solicita el baron.
Ines. El baron!
Juan. Sí. Qué os sorprende?
no dije mas que su nombre...
Ines. Esto, don Juan, no os asombre
pues su recuerdo me ofende.
Juan. Por qué lo digais no sé...
Ines. Ni en ello penseis tampoco...
Ese baron es un loco
á quien ya desengañé.
Libre está mi corazon...
á nada en la tierra aspiro...
tal vez el claustro... al retiro
tengo tambien vocacion.
Juan. En ello insistís?
Ines. Sí á fé.
Antes el siglo dejaba
porque... lo que era ignoraba;
ahora... porque lo sé.
Juan. Porque lo sabeis... escucho?
Sois aun muy jóven, señora.
Ines. Ay, don Juan, que en una hora
se puede aquí vivir mucho!
Ignorais que el pensamiento

suele no tener edad?
Juan. Tal vez... pero con verdad
me decís lo del convento?
Ines. Os estraña?
Juan. Sí por Dios!
Que á todo así renuncieis?
Ines. Dentro de poco no ireis
tambien á un convento vos?
Y no sois jóven?
Juan. Y bien,
qué es lo que dejo en el mundo?
Ines. Y yo?
Juan. El cariño profundo
del buen conde.
Ines. Vos tambien.
Juan. Yo á los de Dios olvidados
á nuestro Dios volveré.
Ines. Al cielo yo pediré
por los que son desgraciados.
Juan. Y ese estremado fervor
decidme, quién os lo envía?
Ines. Eso, don Juan, yo os diría
si fuéreis ya confesor.
Juan. Sí, sí, callad! (Pierdo el tino
de mis afectos llevado.
Me habeis de vos arrojado,
señor? Cuál es mi destino?)
Dios guie el vuelo que toma
vuestro puro pensamiento!
cuándo volveis al convento?
Ines. Cuando salgais para Roma.
Juan. Es que acaso no saldré.
Ines. Que no saldreis! por ventura
renunciais á la clausura?
Juan. No sé, doña Inés, no sé...
ni esplicároslo podria!...
abandonado á mi instinto
soy confuso laberinto
donde vaga el alma mia.
Ines. No os comprendo.
Juan. Ni intenteis
comprenderme... perdonad...

necesito soledad...
mañana de mí sabreis...

ESCENA VI.

DOÑA INÉS.

Qué inquietud, supremo Dios!
Quién ¡ay! nuestras lenguas ata?
Qué amor es este que mata?...
Por qué al hallarnos los dos,
aparentando desvíos,
ó bien él fingiendo enojos,
no se atreve á alzar sus ojos
ni yo tampoco los mios?
A quién tememos? La calma
á los dos nos ha dejado...
mas... este amor no ha brotado
de lo profundo del alma?
Porque este es amor ¡oh! sí:
nunca hablamos de este afan...
mas yo comprendo á don Juan
como él me comprende á mí.
Será que su inteligencia
con el corazon batalle?
será que ante amor estalle
indignada su conciencia?
A consagrarse iba á Dios...
pero acaso le ofendemos?
amar á Dios no podemos
en santo nudo los dos?
Tal vez de mi afan llevada
su vocacion avasallo...
Resuelva el cielo! Su fallo
acataré resignada.
A verle no vuelvo, no;
prefiero este sufrimiento
al menor remordimiento...
Mas... quién es?

ESCENA VII.

DOÑA INÉS. EL BARON.

Baron. Señora, yo.
Ines. Vos otra vez?
Baron. Perdonad:
no olvidé vuestros consejos;
mas no puedo vivir lejos
de vuestra rara beldad.
Ines. Ya os dije, señor baron...
Baron. Recuerdo; no os molesteis.
Ines. Entonces, por qué volveis?
Baron. Insisto en mi pretension.
Ines. Ved que es mucha pesadez;
si vos dais en insistir...
os volveré á repetir
lo que ya os dije otra vez.
Baron. El tiempo todo lo alcanza:
tal vez de opinion mudeis,
y para que os sirva deis
á mi fé grata esperanza.
Ines. Oh!... que esto es ya por demás!
qué sueña vuestro despecho?
os he dado yo derecho
para esperarla jamás?
Baron. Témplese vuestra altivez
que ofenderla no he pensado:
ya sé que me habeis tratado
siempre con harta esquivez.
Pero tan grave delito
es al tiempo remitir
mi dicha? Del porvenir,
señora, nada hay escrito.
Ines. Es mi decoro ofender:
es juzgarme tan liviana,
que os he de tratar mañana
acaso mejor que ayer.
Baron. Quién sabe?
Ines. Señor baron...
advierto que habeis entrado

aquí sin haber guardado
la conveniente atencion.
No sé de esto qué pensar...
cuanto hemos dicho olvidemos,
y entended que no tenemos
á solas nada que hablar.

Baron. Eso doña Inés responde?

Ines. Sí señor; esto ha de ser,
y no me volvais á ver
sino en presencia del conde.

Baron. Otros, bien lo sabe Dios,
os ven, señora, en su ausencia,
y puede esta preferencia
decir mucho contra vos.

Ines. Contra mí! Quién aquí habrá
que en duda ponga mi fama?

Baron. Mucho teme quien bien ama...
si ello es cierto, qué mas dá?

Ines. Si á lo menos os tuviera
á falta de amor, respeto,
señor baron, os prometo
que mi opinion defendiera
con tal fuerza y claridad
que humillára vuestra frente,
pues no hay duda ante la ardiente
santa luz de la verdad.
Mas como me importa poco
cuanto vos de mí penseis,
satisfaccion no espereis...

Baron. Ni yo la exijo tampoco.
Dejémoslo estar así,
haya igualdad en los dos:
yo nada exijo de vos;
no exijais nada de mí.

Ines. Yo os exijo!...

Baron. Claro está,
que á solas no vuelva á veros...
y no podré obedeceros.

Ines. Pues yo os juro que será.

Baron. Callad!... que jurar podeis
en vano, señora mia!
Os he de ver todavía

cuando menos lo espereis.

Ines. Amenaza es la que escucho?

Baron. Será lo que vos querais...

Ines. Pues ved que si á tanto osais
os habrá de costar mucho.

Baron. Aunque estais muy custodiada
pocos temores me aquejan;
aquí los libros manejan
mucho mejor que la espada.

Ines. Aquí donde ese desman
cometer os proponeis,
nobles almas hallareis
que ultrajes no sufrirán.
Esto, baron, os lo ofrezco;
y aquí me hallareis tambien
armada con mi desden
diciendo que os aborrezco.

Baron. Veo que en vano me fatigo,
pues sois por demás severa!
Doña Inés, mejor os fuera
teniéndome por amigo.
Mas ya que me aborreceis
y me quitais la esperanza,
que tome de vos venganza
mi orgullo, no estrañareis.

Ines. Alarde haceis harto necio...
Díjeos que os aborrecia
hace un instante? Mentia!
Dije mal, porque os desprecio.
Os lo juro por mi nombre...
Ved si temo vuestros rayos...
Hola! (*Sale Beatriz.*)
Haced que mis lacayos
arrojen afuera á ese hombre.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

BARON. BEATRIZ.

Beatriz. Qué ha sido?

Baron. Nada, Beatriz...
(Se aman con todo el fuego
de los primeros amores;
los dos columbran un cielo
de evangélica ventura
acá en el jardin terreno...
Oh!... pues yo sabré poner
entre los dos un infierno.)
Ya lo has oido...

Beatriz. Señor...
tales palabras no acierto
á esplicarme...

Baron. Es que enojada
como siempre, oyó mi ruego;
mas yo sé que arrepentida
de sus irascibles fieros,
bien pronto hará porque vuelva
al lugar de que hoy me alejo.

Beatriz. En hora buena esperadlo;
pero á la verdad, me temo
que no salgais con la vuestra.

Baron. Beatriz, dejémoslo al tiempo.

Beatriz. Una cosa he de advertiros
pues me interesa en estremo.
Anoche estuvo buscando
la trenza de sus cabellos:
todo lo mueve y registra,
conque ha llegado el momento
de que me la devolvais
como ofrecísteis hacerlo.

Baron. Es verdad: á su poder,
antes de la noche, espero
que vuelva, y doblado al tuyo
del dije el pactado precio.

Beatriz. Quédoos muy reconocida,
pues nadie podrá saberlo.

Baron. Déjame, porque don Juan
se acerca.

Beatriz. Guárdeos el cielo.
Qué le diré á mi señora?

Baron. Que acatando sus preceptos
he ofrecido retirarme

sin escándalo ni estruendo.
(*Vase Beatriz por la puerta izquierda, y por la derecha sale don Juan.*)

ESCENA IX.

DON JUAN. EL BARON.

Juan. (Aquí el baron?... A este hombre
no sé por qué... le detesto.)
Baron. Mi venerable don Juan,
mucho me huelgo de veros
pues há tiempo carecia
de esta honra.
Juan. Os agradezco
la que vos me dispensais.
Baron. Siempre estudiando, no es cierto?
Juan. No siempre.
Baron. Y hareis muy bien;
son nocivos los estremos:
no debeis estudiar tanto,
¡qué diablos! pues siempre es bueno
dar al mundo una ojeada
antes de ir al monasterio.
Juan. Baron!
Baron. Eh!... no os sonrojeis.
Yo pecador franco y lego,
conozco lo que es el mundo;
y en cuanto le atañe, os puedo
contar, don Juan, maravillas
y daros buenos consejos.
Juan. Cuando de ellos necesite
acudiré...
Baron. Desde luego
venid á mí. Yo he tenido
un millon de galanteos,
y se ha cruzado mi espada
en otro millon de duelos.
He asistido á los saraos
de las gentes de abolengo,
y en ellos pude estudiar
sin hacer un grande esfuerzo

el humano corazon
tal como ès y Dios lo ha hecho.
Oh, la mujer... la mujer!...
Andaos con cuidado en esto,
porque es el sér mas astuto
con quien haberlas tenemos.
La mas honrada y mas pura,
la que os parezca un modelo
de candor y de inocencia
y de virtud vivo ejemplo,
tiene allá en el corazon
su historia con sus misterios...

Juan. Me haceis daño...

Baron. Qué quereis?
la verdad pura os refiero;
ellas nos hacen tomar
como blanco lo que es negro,
y en fuerza de desengaños
á distinguir aprendemos.
Yo que conozco sus artes
camino entre ellas sin riesgo,
pues sé ocultar mis pasiones
sin que las revele el gesto.

Juan. Ese estudio y esa ciencia
no os envidio, caballero.

Baron. Pues ved que os hace gran falta.

Juan. A mí?

Baron. Sí tal: pues advierto
que descubrís por demás
en lo torbo y macilento...

Juan. Qué?...

Baron. Que estais enamorado
ardientemente...

Juan. Silencio!

Baron. Oh! por mí nada temais:
no me estrañan los efectos
del amor... y sobre todo
si ese amor es el primero.
Dichoso vos que os hallais
al principio de ese bello
camino lleno de flores
de encantos y de tormentos!

Yo le atravesé veloz,
y tan al final me encuentro,
que es fácil que al ir al cláustro
me visiteis en el yermo.

Juan. Os burlais?

Baron. Don Juan, os digo
con franqueza lo que siento.
No encuentra mi corazon
nada hermoso, nada nuevo...

Juan. Pues... doña Inés...

Baron. Es verdad...
mi lance ha sido postrero...

Juan. Vuestro lance!

Baron. Sí...

Juan. Esplicáos!...

Baron. Oh, respetad mis secretos!
Tan exacto es lo que os dije
que vine con el intento
de volverle cierta prenda
que he merecido á su afecto.

Juan. Vos prenda suya!

Baron. Y cabal:
pero al retiro dispuesto
nada quiero que recuerde
mis pasados devaneos.

Juan. Y la volvísteis?

Baron. Aun no,
aquí conmigo la tengo.
No quisiera verla mas
ni volver á su aposento...
vos pudiérais aliviarme,
señor don Juan, de este peso.

Juan. Sí, sí! yo la entregaré.

Baron. Me haceis un favor en ello.
Disculpadme lo mejor
que alcance vuestro talento,
pues de este modo es seguro
que ganaré en su concepto.
Adios, don Juan, sed feliz...
Sobre esta mesa os la dejo...

(*Coloca sobre la mesa una cajita y vase por la derecha.*)

ESCENA X.

DON JUAN.

Oigo de ella hablar así...
y de mi enojo soy dueño?
Es esto un horrible sueño?...
¡Ay! que la prenda está allí.
Ella amor secreto... ¡no!
prendas ella!... qué locura!
Ella la mujer mas pura
que el pensamiento creó!...
Quién es olvidar podrá?
Tan fácil en la contienda
de secreto amor dá prenda?
Mas, qué dudo, si allí está?
Acabemos de una vez
con este dolor insano... (*Se acerca á la caja.*)
Qué será? tiembla mi mano...
Descubramos su doblez...
y mis pensamientos bellos
tomen desde hoy nuevo giro... (*La abre.*)
Ira del cielo! qué miro!
La trenza de sus cabellos! (*Pausa.*)
Con ella un papel se encierra...
«Premio que dió á mi pasion
la hermosa Inés de Aragon.»
(*Cierra de golpe la caja.*)
Oh!... no hay virtud en la tierra!
De la infamia vaya en pos.
Y yo que tanto la amaba!
Que de mi Dios me apartaba!
La mano es esta de Dios!
Mi corazon se desploma
con tanto dolor y afan...
No hay esperanza, don Juan;
mañana... mañana á Roma!...
(*Guarda la caja.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



La misma decoracion. El foro alumbrado por la luna.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE *asomado al pretil de la galería.*

Es ella... sí... la conozco
á pesar de lo distante
que está, por lo solitaria
y la blancura del traje.
Habrá salido á gozar
de las brisas de la tarde...
pero ya se vuelve, pronto
aquí vendrá á saludarme...

(Baja á la escena y coloca sobre la mesa espada y sombrero.)

Ya mis deberes cumplí,
con el rey, que el cielo guarde,
muy justo será que ahora
cumplamos con los de padre.
Por quien soy que estos muchachos
con su silencio me traen
mas inquieto y pensativo
que lo que á mi edad le place.
Por eso de una vez quiero
salir de tan duro trance...

Hablémonos con franqueza
y como amigos leales.
A sus tristezas daré
remedios harto eficaces;
si el amor las ocasiona
poco importa, que se casen:
si es fé religiosa, Dios
los bendiga en sus altares.
Paréceme que he escuchado...
no quisiera equivocarme...
(*Mirando á la derecha.*)
es ella... sobre mi mente
los cielos su luz derramen.

ESCENA II.

DOÑA INÉS. EL CONDE.

Ines. Padre y señor.
Conde. Inés mia!
ya esperaba yo que al darte
las nuevas de mi llegada
volarias á abrazarme.
Ines. Hoy no os he visto.
Conde. El monarca
quiso que le acompañase
á correr un ciervo, y fuimos
al soto del de Olivares.
Y tú?
Ines. En mi estancia bordando
estuve, y al acercarse
la noche, al jardin bajé
á visitar mis rosales.
Conde. Siempre sola...
Ines. Sola, sí;
quién quereis que me acompañe
no estando vos?
Conde. Pues don Juan?...
Ines. De su aposento no sale
casi nunca...
Conde. Tus doncellas?...
Ines. Me cansan; no me distraen.

Conde. Comprendo bien que esta casa,
por mucho que yo me afane,
Inés, no es hoy para tí
una mansion agradable.

Ines. Por qué, señor?

Conde. La respuesta
tú misma acabas de darme.
Ves? no estando yo, se ocupa
de tus distracciones alguien?
Bien quisiera de tu lado
ni un momento separarme;
pero el rey todos los dias
me aleja de mis hogares,
y con su bondad me empeña
en multiplicados lances.
Mas aunque no fuera así,
qué alegría puede darte
un anciano como yo?
No se nuble tu semblante:
conozco tu fé y espero
que nada me la arrebate...
mas para hacerte feliz
esto, Inés, aun no es bastante.
La vida es árida y triste
en soledad perdurable:
la juventud necesita
de otro encanto rodearse,
y es dichosa cuando están
niveladas las edades.
Si vinieras á la corte!
Hay allí tantos galanes
tan apuestos, tan bizarros...
y de tan claro linage
como tú... te asombraria
el estruendo de los bailes!
quiéres que anuncie á la reina
que en breve irás?

Ines. No, no, padre...
prefiero mi soledad...
tranquila en ella dejadme.
Cuando nuestro soberano
á su palacio no os llame,

seré feliz los momentos
que me permitais que os hable.

Conde. Pero un dia llegará
en que los mios se acaben,
y entonces...

Ines. Oh! no penseis...

Conde. No quisiera avergonzarte;
mas esto sucederá
y mis postreros instantes
serán, hija, muy amargos
si aquí sola te quedases.

Ines. Pues bien, volveré al convento;
así lo quieren las madres.

Conde. Y, no has de tomar estado?

Ines. Sentiré que no os agrade
el de esposa del Señor.

Conde. No amas á nadie?

Ines. (*Breve pausa.*) A nadie.

Conde. Cuando un padre cariñoso
tan solícito y amante
como yo, querida Inés,
tan graves preguntas hace,
ocultarle la verdad
es delito imperdonable.
Amas, Inés?

Ines. Sí señor...
Os lo negué, perdonadme...
porque hasta mi pensamiento
quisiera que lo ignorase.

Conde. No es digno de tí?

Ines. Sí es digno;
fortuna nos hizo iguales;
pero en el fondo del alma
este amor infeliz yace
para la esperanza muerto;...
solo Dios puede animarle.

Conde. Es don Juan?

Ines. Sí, padre mio.

Conde. Con él de ese amor hablaste?

Ines. Jamás, jamás!

Conde. Y, por qué
te empeñas en que se apague

la llama de tu esperanza?
Acaso don Juan te ame...

Ines. Puede ser, pero sin duda,
como yo, ese amor combate.
Sufro y no acierto, señor,
esta pasion á esplicarme.
Este amor honesto y puro,
tan hondo, tan entrañable...
es un amor que me asusta!
Amor, sí... de bella imágen;
pero amor acompañado
siempre de augurios fatales.
Mil veces con él soñé,
y en mis delirios tenaces,
he visto el genio del mal
que sobre él sus alas bate...
qué de siniestras visiones!
y, cuántos lagos de sangre!

Conde. Nada temas, hija mia:
en vano será que exalten
tu inocente corazon
esas horribles imágenes.
A tu lado estoy: yo haré
que sombras tan espantables
de tu mente atribulada
huyan por siempre fugaces.

Ines. Ah, señor!

Conde. Calma tu seno;
el pensamiento distrae...
y déjame que medite...
en los medios de salvarte.

Ines. La paz me volveis.

Conde. Adios.

Ines. Él os proteja y me ampare.

(*Inés se retira por la izquierda y sale el doctor por la galería del mismo lado.*)

ESCENA III.

EL CONDE. EL DOCTOR.

Conde. Era amor... no me engañé.

Descubierta queda ya
la causa de sus tristezas...
el cielo hará lo demás.
Vos aquí, doctor amigo?
en muy buen hora llegais.
Acabo en este momento
con mi pobre Inés de hablar...
Si supiérais!...

Doctor. Yo, señor,
tambien hablé con don Juan.

Conde. Habeis hablado con él?
Sois, doctor muy eficaz.
Y con vos estuvo franco?
Os ha dicho la verdad?

Doctor. Sí señor.

Conde. Con que tambien
enamorado estará?

Doctor. No, señor conde.

Conde. Qué escucho!
Está esento de ese afan
su corazon?

Doctor. Tal parece...
(Que sea en esto falaz!
los cielos me lo perdonen.)

Conde. Mas, qué os dijo? Hablad, hablad.

Doctor. Señor, en esta cuestion
no puedo deciros mas,
sino que le hallé tranquilo,
contento en su soledad;
y aquel proyecto de viaje
muy dispuesto á realizar.

Conde. El de Roma!

Doctor. Conde, sí...
Y su decision es tal,
que permiso y bendicion
pronto á pediros vendrá.

Conde. Pues cuándo piensa dejarnos?
Tan pronto quiere marchar?

Doctor. Mañana al romper el alba
el camino emprenderá.

Conde. Vive Dios que me sorprende
proceder tan singular!

Resolverse á tal empresa
con tanta celeridad?

Doctor. No os olvideis que pensaba
en ella seis meses há.

Conde. Pero ayer nada me dijo:
silencio guardó tenáz,
por mas que yo me propuse
su intencion averiguar.
Esto, doctor, ya lo veis,
es raro, y á la verdad,
mas visos tiene de fuga
que de vocacion formal.

Doctor. Quién sabe lo que encerrado
en su corazon habrá?
Presumo que habló conmigo
con ámplia sinceridad,
y yo, señor conde, os puedo
en nombre suyo afirmar,
que de esta su decision
nada hay que le vuelva atrás.

Conde. No seré yo el que lo intente;
si es su gusto, vaya en paz,
y Dios no le tome en cuenta
los duelos que va á causar.

Doctor. Pues qué, doña Inés...

Conde. Conmigo
á despedirle saldrá.
Doña Inés á don Juan ama
con amor tan fraternal,
que pedirá á Dios le colme
de eterna felicidad.
Esto á don Juan le direis
si de Inés os llega á hablar.
Decidle á mas que le envío
mi bendicion paternal,
y que al alba su partida
arreglada quedará.
(Pobre Inés, tu pensamiento
soñó con la realidad.) (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL DOCTOR.

Mentí por la vez primera:
con él no he sido leal...
pero la conciencia mia
tranquila por ello está.
Cuál era mi obligacion
en este lance fatal?
Cómo decirle la causa
por qué se aleja don Juan?
Toda una vida de glorias
y de nobleza sin par,
hay corazon que se atreva
á henchir de angustioso afan?
Cómo decirle al buen conde
tan caballero... ¡voto á!
Un villano seductor
atropellando tu hogar
te ha ultrajado... Deshonradas
tus nobles canas están!
Oh! que por siempre lo ignore...
le mataria el pesar.
Mas no es posible que en ella
quepa tanta liviandad...
tan modesta y candorosa...
tan pura y angelical...
cierto que es aquella prenda
elocuente por demás...
pero, será algun enredo?...
no sé, no sé qué pensar.
Si es enredo, lo ha formado
la astucia de Satanás.

ESCENA V.

DOÑA INÉS. EL DOCTOR.

Ines. Ah! doctor...
Doctor. Señora mia...
Ines. Qué es lo que acabo de oir?
Es cierto que va á partir?
Doctor. Mañana al romper el dia.
Ines. Por qué tan pronto?
Doctor. No sé.
Ines. Doctor, me habeis engañado?
Vos con él habeis hablado
y os habrá dicho el por qué.
Doctor. Eso imaginais?
Ines. Pues no?
Sospecho que me ocultais...
Doctor. Y el por qué no adivinais?
Ines. Cómo he de saberlo yo?
Doctor. Pues yo, señora, creia
por ser de grave interés
el caso, que doña Inés
mejor que yo lo sabria.
Ines. Mejor que vos...
Doctor. Claro está:
no sois de su amor la llama?
Ines. Me ama don Juan! me ama!
entonces, por qué se vá?
Doctor. Eso no oireis de mi boca.
Obró en ello con razon.
Ines. Me llenais de confusion
y hareis que me vuelva loca.
Si va á ser su amor pagado,
por qué nos deja? por qué?
Doctor. Señora, solo os diré
que es don Juan muy desgraciado.
Ines. Quién su desgracia causó
que al darle tantos pesares
le aleja de estos lugares?
Acaso habré sido yo?
Doctor. Ignoro lo que será

y tambien lo que conviene...
pero, doña Inés, él viene,
mejor que yo os lo dirá.
(Con ella le dejo solo
mas sin perderlos de vista.)

(*Se retira por la izquierda de la galería; don Juan baja por la derecha.*)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS. DON JUAN.

Juan. (Que bajo ese rostro exista
tanto engaño, tanto dolo!)
Ines. Don Juan, en nombre de Dios,
decidme, qué os pasa ahora?
Juan. Nada... que vengo, señora,
á despedirme de vos.
Ines. Resuelto estais?
Juan. Por demás;
de mi idea no me aparto...
Ines. Y, cuándo?...
Juan. Mañana parto.
Ines. Y, no volvereis?
Juan. Jamás!
Ines. Las convicciones respeto
en que fundais vuestra idea;
pero no es justo que sea
vuestra partida un secreto.
Os creimos poseer
en calma aquí sin igual...
Juan. Doña Inés, creísteis mal;
nada aquí tengo que hacer.
Ines. Asómbrame la aspereza
con que á mi voz contestais!
Mirad bien con quien usais
de tan injusta dureza!
Si os creimos poseer,
fué, don Juan, porque esperábamos
que á la fé con que os tratábamos
pensábais corresponder.
Aquí de nuestra atencion

constante objeto habeis sido...
Juan. Aquí, señora, he perdido
la paz de mi corazon.
Ines. Decidme mejor, y acertado
en vuestra queja andareis,
que de calma careceis
porque no la habeis buscado.
Juan. Escuchadme, doña Inés,
y guardad en la memoria
esta lamentable historia
para juzgarme despues.
Estábais en el convento
cuando á mis padres perdí;
el vuestro me trajo aquí,
á sus deberes atento.
Yo entonces no conocia
un cariño mas profundo
que el de mi madre... En el mundo
mi madre ya no existia!
Me ví solo... El corazon
de todo soláz exento
alivio á su abatimiento
buscó en la meditacion.
Ella en mi socorro vino,
y tanto logró obligarme,
que decidí consagrarme
por siempre al culto divino.
Osé elevar hasta Dios
mi espíritu y fé cristiana...,
mas de pronto una mañana
aquí aparecísteis vos.
Qué magia la vuestra fué
que me arrancó, solo al veros,
los pensamientos severos
que en vuestra ausencia formé?
y resistí por demás:
sufrí mortales desvelos...
llamé en mi amparo á los cielos,
y no me oyeron jamás!
Vos conmigo... siempre vos,
á mi lado, sin dejarme...
Oh! por vos llegué á olvidarme

de mi madre y de mi Dios.
Ines. Ah!
Juan. Por lo que habeis oido
de esta mi devoradora
fiera pasion... ved, señora,
lo bien que os habré querido.
Ines. Qué os escucho?
Juan. Y si es tirana
mi fortuna, ya lo veis...
Ines. Pero... qué!
Juan. Aun no comprendeis
por qué me alejo mañana?
Ines. Sí, don Juan, he comprendido!
De vuestro amor la vehemencia
luchó con vuestra conciencia
y la conciencia ha vencido.
Entre el cielo y un mortal
qué lucha puede existir?
Cuerdo sois en elegir
la ventura celestial.
Juan. Qué decís? Suplicio eterno!
Oh! mi conciencia no ha sido
la vencedora... ha vencido...
no sabeis quién?... El infierno!
Ines. Don Juan!
Juan. Os dige mi historia.
Voy á partir... Una prenda
no me dareis como ofrenda
á nuestra buena memoria?
Ines. Que yo no acierte á esplicar
el afan que en vos se vé?
Prenda quereis? Para qué?
ni qué prenda os puedo dar?
Ines. Mil dones teneis... entre ellos
uno muy bello guardais,
la trenza... no recordais?
Ines. La trenza de mis cabellos?
Juan. La misma, qué decís vos?
Ines. Que es un don que no os concedo,
porque entregarlo no puedo
sino á mi padre ó á Dios.
Juan. (Hay tal traicion?)

Ines. Y aunque así
mi propósito no fuera
tal prenda dar no os pudiera...
no sé dónde está.
Juan. Yo sí!
Yo he descubierto ese arcano...
yo que os guardaba mi fé
esa prenda le encontré
á un miserable, á un villano...
que alarde hacia, os advierto,
de que enlazado á ella va
vuestro deshonor...
Ines. Quién!... Ah!
Qué dices, hombre? me has muerto!
(*Se deja caer sobre un sillon.*)
Juan. Ved ahora, vive Dios!
por qué, mujer desdichada,
con el alma desgarrada
huyo por siempre de vos.
Ines. Ay!... de su boca lo oí...
horrible... infernal enredo!...
llorar quisiera, y no puedo...
No habrá lágrimas en mí?
No hay ya quien mi honor abone...
Juan. Tomad, señora, tomad. (*Le dá la caja.*)
y acudid á la bondad
de Dios para que os perdone...

(*Dá algunos pasos para salir: doña Inés se levanta rápidamente indicando con la accion el trastorno creciente de sus ideas, don Juan se detiene.*)

Ines. Se vá!... deshonrada!... sí!...
Nada ya... nada en el mundo...
Allá... un abismo profundo...
(*Señalando á la galería.*)
me esconderé en él... así...
ninguno me acusará...
Oh!... cuando vuelva de Roma...
que no me encuentre... ya asoma!!!
al abismo!!!

(*Se precipita hácia la galería, el doctor se le interpone.*)

Juan. Adónde vá!
Doctor. Teneos!...

Ines. Aquí un testigo!
(*Retrocediendo con espanto.*)
Quién eres?... qué te he hecho yo?...
Doctor. Señora!
Ines. No llegues, no;
que vá la muerte conmigo.
Juan. Inés!!
Ines. Tu mano me toca...
(*Al doctor que la sujeta.*)
me sujeta en mi despecho...
Juan. Oh!... Dios mio!!
Doctor. Qué habeis hecho!
Juan. Pues qué... Doctor...
Doctor. Está loca!
Juan. Hum!...
Ines. Loca? donoso ardid...
mi idea... já, já!... mi idea...
Doctor. Apartaos... que no os vea...
Venid, señora, venid.
(*Se la lleva por la izquierda. Don Juan queda abismado en un profundo abatimiento.*)

ESCENA VII.

DON JUAN, *despues el* BARON.

Juan. Será verdad!... engañado
por la apariencia fatal...
habré clavado un puñal
en su corazon honrado?...
Oh!... si tal me sucediera,
no!... no habria para mí
piedad!
Baron. (*Sale.*) Don Juan...
Juan. Vos aquí!
Baron. Qué os aflige? qué os altera?
Juan. Lo vais al punto á saber,
baron, porque iba á buscaros.
Baron. Mucho me place evitaros
ese importuno quehacer.
Juan. Hoy mismo, á una dama, vos
en este lugar sagrado

habeis torpe deshonrado...

Baron. Torpe, decís? ¡vive Dios!

Juan. Infame y torpe ha de ser
y engendro vil de traidores
quien publica los favores
de una infelice mujer...

Baron. Mal estais con vuestra vida
cuando así me denostais...
Cómo! aterrarme pensais
con ese acento homicida?
Volved en vos... yo jamás
publiqué favor ninguno...
Hoy... cierto os hablé de uno...
solo á vos!...

Juan. Y á nadie mas
lo volvereis á decir!

Baron. Si os empeñais lo diré.

Juan. Señor baron... ¡no! porque...
Oh!... porque vais á morir.

Baron. Loco os hallo! estraviadas
vuestras ideas están...
Vos duelos, señor don Juan?
qué entendeis vos de estocadas?

Juan. Lo vereis por vida mia...
vuestra espada... pronto... sí!...

Baron. Y la vuestra?

Juan. (*Advierte que no la lleva: repara en la del conde que está sobre la mesa y la toma.*)
Vedla aquí.
Es la que el cielo me envia!

Baron. Angel esterminador!

Juan. A qué aguarda vuestro acero?

Baron. Pues lo quereis, ya os espero.

Juan. Sí! temblad de mi furor!

(*Se acuchillan. Don Juan le hace retroceder hasta el pretil de la galería en cuyo punto le hiere.*)

Baron. Pesada teneis la mano...

Juan. Fuerza que el cielo me dá...

Baron. No es bastante...

Juan. (*Hiriéndole.*) Pues ved!

Baron. Ah!
(*Apoyándose sobre la barandilla.*)

me heristeis...

Juan. Muere, villano!

Baron. Sí; sí, no hay esperanza...

Juan. Tampoco la tengo yo!
Tu infamia á Inés me quitó!

Baron. Oh! pues cumplí mi venganza.

Juan. Qué dices?

Baron. Pues... qué ha pasado?

Juan. Loca está! su desventura
causaste...

Baron. Y, tú su locura?
Bien de los dos... me he vengado!!!

Juan. Vengado!!

Baron. Pues... ya se vé...
arranca imbécil la venda...
yo... con oro... aquella prenda
á una criada compré.

Juan. Con que era inocente!...

Baron. Sí...
descarga el golpe mortal...

Juan. Sí haré... vívora infernal!...
no hay clemencia para tí!
Tu suplicio viene en pos...
De ella tan pura y modesta
no tuvísteis piedad... Esta
es la justicia de Dios!

(*Se apodera del baron y lo arroja por encima del pretil de la galería. Al pronunciar las últimas palabras salen por la izquierda el conde y el doctor.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. EL CONDE. EL DOCTOR.

Conde. Don Juan! don Juan!

Doctor. Cuántos males!

Juan. Dejad que se haga pedazos!
instrumento son mis brazos
de las iras celestiales!
Inés de razon privada!...
y, yo su verdugo fuí!...

Es pura... inocente... sí!...
loca está... pero vengada!...

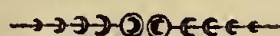
Conde. Dónde vais!...

Juan. El negro infierno
me llama... Dejadme ya!
Sobre mí pesando está
la maldicion del Eterno!!

(*Sube por la derecha de la galería. El conde y el doctor le siguen.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.



Decoracion cerrada: puerta en el foro, y dos laterales: la de la izquierda está cerrada.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR. UN CRIADO.

Doctor. Cómo dejais á don Juan?
Criado. En un estado angustioso.
Doctor. No conoce á nadie?
Criado. A nadie.
Rie... canta... habla de todo...
y en un acceso violento
ha vuelto á entrar hace poco.
Doctor. Quién hay con él?
Criado. Dos criados
y Lopez el mayordomo.
Doctor. Ha dormido?
Criado. Hace dos dias
que no ha cerrado los ojos.
Doctor. (*Paseándose y hablando consigo mismo.*)
La fiebre avanza... se encuentra
en sus primeros períodos,

y es fuerza impedir que llegue
á su entero desarrollo...
Hay que echar mano al momento
de los remedios heróicos.

(*Ábrese lentamente la puerta de la derecha: doña Inés asoma la cabeza con desconfianza, y al ver á los que están en la escena, la retira cerrando violentamente las dos hojas de aquella.*)

Ines. Ah!
Doctor. Qué es ello?
Criado. Doña Inés...
Doctor. Idos ya, dejadme solo
porque afuera no saldrá
mientras me vea con otro.
Le direis al señor conde
que por aquí venga pronto,
pues le quiero consultar
un proyecto á ver si logro...
Criado. La curacion de los dos?
Doctor. Eso al menos me propongo.
(*Vase el criado por el foro de la derecha.*)

ESCENA II.

EL DOCTOR.

Mucho en la ciencia confio
y en el Todopoderoso...
Es bueno que doña Inés
no me mire con asombro
y que solo á mí se acerque
á la vez que huye de todos.
De esta manera hacer puedo
el estudio por mí propio,
y aliviarla en su dolencia
segun lo que observo y toco.
Veamos cómo hoy está...
(*Se acerca á la puerta izquierda y escucha.*)
Bien; tranquila: no la oigo...
No quiero entrar porque así
provocar puedo su enojo. (*Llama.*)
«Soy yo... vuestro amigo, Inés:

el que os defiende animoso.»
Ya viene... «Todos huyeron:
nadie verá vuestro rostro.»
(*Doña Inés abre la puerta: desde ella registra detenidamente la escena y sale revelando en el desaliño de su trage y cabellos la enagenacion mental que padece.*)

ESCENA III.

DOÑA INÉS. EL DOCTOR.

Ines. Se fueron ya? Se fueron? Qué crueles!
No sabes lo que el hombre ese queria?
Mi tesoro llevarse!... mi tesoro!...
ese que prueba la deshonra mia!
Doctor. Pero ya se alejó.
Ines. Porque á mi puerta
velando estabas tú... Por eso un ángel
á su entrada hay tambien del paraiso,
y al rojo brillo de su ardiente espada
los malvados se alejan de improviso.
Doctor. Es verdad! Es verdad!
Ines. Pues esta noche
al ángel quise ver. Yo caminaba
entre espesas tinieblas... vacilando...
pero el viento adelante me empujaba.
Atravesé despues una pradera,
y en el fondo... de estrellas coronado
al ángel descubrí... qué hermoso era!
El ala recogida
gallardo el continente...
noble y pura la frente
en rizos mil partida
y al aire sacudida
la negra cabellera...
modesta la mirada...
modesta, sí, pero tambien severa.
Me dejarás pasar? No, desdichada;
dijo en doliente son. No hay quien abone
tu virtud en la tierra... A Dios acude,
y su inmensa bondad que te perdone.
Que me perdone, oiste? Soy culpada...

De qué? te acuerdas tú?

Doctor. Quién? Vos? de nada.

Ines. Oh! sí; que él me lo dijo y no mentia:
sus alas agitó... y una mirada
dejándome al pasar... triste, sombría...
tendió su raudo vuelo al medio dia...
y á Roma se partió.

Doctor. Pero muy pronto
de Roma volverá...

Ines. Já! já! já! nunca!
me lo dijo al romper el aire vago...
«Yo soy el ángel vengador del cielo!
Conmigo van la muerte y el estrago...
y á tí no he de volver...» Y lo ha cumplido!
Por siempre huyó de mí...

Doctor. Porque ofendido
de vuestro amor entonces estaria...

Ines. De mi amor! de mi amor! Si le adoraba
con toda el alma mia.

Doctor. Pues bien: por eso el ángel ha querido
de esa pasion la sin igual pureza
probar en el crisol de sus enojos,
y despues coronar su fortaleza.

Ines. Despues? Cuándo es despues?

Doctor. Tal vez mañana...
hoy acaso...

Ines. No hay luz para mis ojos...
no te entiendo...

Doctor. Imposible; siempre hablamos
tan de prisa... parece que del tiempo
la carrera veloz apresuramos...
Mas calma...

Ines. No te enojes... si me dejas
á buscarme vendrán, y mi tesoro
se llevarán sin escuchar mis quejas.

Doctor. No será estando yo; no por mi vida.

Ines. Así te quiero!... así! fuerte, animoso...
en tanto... yo en silencio, aquí escondida
de mi tesoro guardaré las llaves...
Si vienen, y te asaltan, y te vencen,
y preguntan por mí... dí que no sabes...
que una noche encerrada en mi palacio

un rayo me abrasó... que mis cenizas
se llevó el huracan...
Doctor. Bien; mas despacio...
Ines. El qué?
Doctor. Si se me olvida,
con la prisa de hablar, no diré nada.
Ines. Y entrarán?
Doctor. Eso no!
Ines. Qué perseguida
estoy! si lo supieras... No hay ninguno
que de mí se conduela... Van llegando...
me rodean... me miran... cada uno
me arroja su insolente carcajada
sobre el rostro, y se ván dando alaridos
que dicen... deshonrada! deshonrada!
Doctor. Yo nunca me reí.
Ines. Porque eres bueno:
porque á mi puerta estás de noche y dia
por mí velando... No! tú no escarneces
con tu mirar la desventura mia.
Doctor. (Si pudiera llorar!)
Ines. Tú me contemplas
con ojos de piedad... no te desvíes
de mi lado... y, por qué como los otros
de esta infeliz imbécil no te ries?
Te ha ofendido tambien la tierra ingrata?
Rie y olvida tu dolor conmigo...
Doctor. No, no!
Ines. Por qué?...
Doctor. Porque la risa mata.
Ines. Mata? já! já! lo ves? pues yo me río.
Es verdad que estoy muerta... aquella noche
que el ángel vengador tendió sus alas,
y huyó de mí veloz, al reino oscuro
de las sombras bajé. De su recinto
no es posible salir... yo lo procuro...
pero hay un intrincado laberinto
donde siempre mi planta vá perdida.
Avanzo, cruzo, vuelvo, y jamás hallo
con tanto afan la senda de la vida!
Doctor. Vendrá á mostrarla...
Ines. Quién?

Doctor. Qué duda tiene?
El ángel salvador.

Ines. A que no viene?

Doctor. Qué haríais si de pronto apareciera
allí?...

Ines. Dónde?

Doctor. Hácia allí...

Ines. (*Avanza hácia el sitio que señala el doctor: se pára y lo contempla con avidez breves instantes.*)
Nada... no hay nada!...

Doctor. Pero bien... si le viérais...

Ines. Besaria
las orlas de su manto arrodillada...
perdon le pediria...

Doctor. Llorando, no es verdad? Conmueven tanto,
son tan dulces las lágrimas...

Ines. Quisiera
poder llorar...

Doctor. Sí! sí!

Ines. Porque ese llanto
aplacará su enojo... y si no puedo?

Doctor. Que no habeis de poder? Vos tan piadosa...
tan tierna y cariñosa...

Ines. Qué poco me conoces! En mi seno
una roca hallarás, que es imposible
que desgasten las lágrimas...

Doctor. Sí, bueno;
las olas de la mar, las rocas baten...

Ines. La mar? Nunca la he visto... Será bella...
Pero... oiste?... ya vuelven!! dales oro!!

Doctor. No temais, porque estoy á vuestro lado.

Ines. No! no! que me arrebatan mi tesoro!

(*Entra velozmente por la izquierda y cierra la puerta. El conde aparece en la del foro.*)

ESCENA IV.

EL CONDE. EL DOCTOR.

Conde. Lo mismo?

Doctor. Lo mismo, sí,

muy lentamente se gana
terreno.

Conde. Pobre hija mia!
y, huye de mí!... qué os hablaba?

Doctor. Lo de siempre: su manía
está bastante arraigada:
esos contínuos temores
que de improviso la asaltan,
su curacion y aun su alivio
penosamente retardan.

Conde. Y, qué tiempo se os figura
que tendremos que llorarla
en ese estado?

Doctor. Señor...
esta dolencia son tantas
las variaciones que sufre
y tan violentas y raras,
que á señalarles medida
nuestro cálculo no alcanza.
Por los síntomas de hoy
el estado de mañana
no es fácil pronosticar...
en una hora se cambian,
y á los síntomas primeros
otros al punto reemplazan.

Conde. Con que no hay remedio?

Doctor. Oh! sí;
no hay que perder la esperanza.
La enfermedad hasta ahora
no toma vuelo; se halla
en su estado primitivo,
no retrocede ni avanza.
Con doña Inés he logrado
con grande paciencia y maña
y en fuerza de observaciones,
muy lisonjeras ventajas.
Lo primero he procurado
inspirarle confianza:
en nada la contrarío;
y cuando descarriada
su imaginacion advierto
consigo sin violentarla

que su pensamiento aparte
de la idea que la exalta.
Tambien ha disminuido
el torrente de palabras
con que agitada estos dias
sus afectos espresaba...
Todavía se apresura
y con poco se arrebata...
pero, no hay duda, la encuentro
mas predispuesta á la calma.
Ya veis... esto es favorable...

Conde. Salvadla! Doctor! Salvadla!

Doctor. Conoceis el interés
que me inspira vuestra casa
y que por demás me aflije,
señor conde, esta desgracia.
Cuanto la ciencia aconseja,
y el pensamiento recaba,
todo, señor, bien lo veis,
al punto se pone en práctica.
Confio... de todos modos
la curacion será larga.

Conde. Qué me decís? infelices!
Eso, doctor me anonada!...
Y en tanto, quién me asegura,
hallándose tan lejana
que no quedará para siempre
su razon de luz privada?

Doctor. Eso despues lo veremos:
la lucha puede agravarla
y tambien á consecuencia
de ella quedar despejada.
Yo tengo mas fé que vos...
es muy natural el ánsia
que sentís... pero no veo
tan perdida la batalla
que sea fuerza volver
al enemigo la espalda.

Conde. Lo decís por animarme...

Doctor. Os lo digo con el alma;
y de la propia manera
mi opinion os revelára

si lo viera de otro modo.
Vos teneis fuerza sobrada
para sufrir los dolores
que el alto cielo nos manda,
conque no espereis que os trate
como se trata á una dama.

Conde. La vida me dais...

Doctor. Hoy tuve
una idea... y consultarla
quisiera con vos...

Conde. Sí, sí...
De vuestra parte Moncada
me dió el recado, y anhelo
saberla...

Doctor. Si coronára
esta idea la fortuna,
la victoria se ganaba.

Conde. Esperais?...

Doctor. Sí, mucho espero,
mas no os aseguro nada...
Si venzo, la curacion
sería entonces tan rápida,
que muy pronto...

Conde. Cuándo? cuándo?

Doctor. Puede ser que hoy se lográra.

Conde. Hoy, decís... amigo mio?
la idea... ¡pronto! esplicádmela.

Doctor. Se han visto casos muy raros
en ocasiones análogas.
Suele de esta enfermedad
una impresion ser la causa,
y otra impresion tambien suele
radicalmente curarla.
El tino está en escoger
la impresion mas acertada,
buscar la oportunidad
y saber aprovecharla.

Conde. Y, vos habeis encontrado?...

Doctor. Tal vez... es algo arriesgada,
pero en mi opinion debemos
á todo trance probarla...

Conde. Es muy fuerte? morirán

si quedase malograda?...
Doctor. No lo espero; á mas me fundo
para querer ensayarla
en la historia de uno y otro
y el estado en que se hallan.
A los dos una afeccion
moral estrecha y enlaza:
ambos por fin descubrimos
que ardientemente se aman.
Cierto que á nadie conocen;
pero los dos cuando hablan
se recuerdan bajo formas
y condiciones variadas:
desde la noche fatal
en que ocurrió la desgracia,
no se han visto... Si de pronto
frente á frente se encontráran
la impresion tal vez sería
algo fuerte, pero grata.
Quién sabe lo que dirán
si se conocen y hay lágrimas?...
vencimos... esta mi idea,
señor, quereis realizarla?
Conde. Pero si no se conocen...
Si don Juan á Inés maltrata?...
Doctor. Oh! de eso yo os aseguro...
Qué es de don Juan?
Conde. Ahora acaba
de sufrir un nuevo acceso
y aletargado descansa.
Doctor. Oportuna es la ocasion...
Ea, conde, confianza!
Quereis que traiga á don Juan?
Conde. Sin que del letargo salga?
Doctor. Pues claro está.
Conde. Dios os guie!
Haced, doctor, lo que os plazca!
Doctor. Pues en el nombre de Dios
que comprende nuestras almas,
acometamos la empresa
con ánimo y fé cristiana.
(*Vase por la derecha del foro.*)

ESCENA V.

EL CONDE.

Él corone los deseos
que abrigamos en favor
de esos desgraciados séres
que un momento abandonó!
Qué hará mi Inés? voy á ver
aunque aumente mi dolor
si desde aquí la descubro...
(*Entreabre la puerta con cuidado y mira.*)
Hija de mi corazon!
Quién pensára que te vieras
como te contemplo yo!
Sentada en el pavimento...
escondida en un rincon...
Tú, mi noble y casta Inés...
de tu padre hermoso honor!...
tan azorada te miro
y en tan grave postracion!
Pero, cielos, ya le traen!
Oye mis votos, Señor!
Ampáralos... ambos sean
felices... y muera yo!

(*En un sillon de brazos ó en un lecho portatil sacan varios criados á don Juan que viene aletargado, y le colocan en lugar conveniente de la escena.*)

ESCENA VI.

DON JUAN. EL CONDE. EL DOCTOR. CRIADOS.

Doctor. Aquí... colocadlo aquí...
mucho cuidado, por Dios!
Así está bien. Retiráos
y estad prontos á mi voz.
(*Se retiran los criados cerrando la puerta del foro.*)
Vos, conde, á aquel aposento
(*Señalando á la derecha.*)
donde estaremos los dos.
(*Lo hace el conde.*)

Llamemos á Inés ahora...
(*Tocando en la puerta izquierda.*)
Inés? el ángel volvió.
(*Dirigiéndose á la derecha.*)
Llegó el momento de prueba...
me pondré en observacion.
(*Entra y entorna la puerta.*)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS. DON JUAN.

(*A fin de evitar el crecido número de acotaciones que sería necesario para señalar el gesto y la accion de los actores que desempeñen esta escena, se deja á su buen juicio la interpretacion de los afectos y contrastes convenientes á la situacion. Unicamente se pondrán las que se consideren como indispensables. Inés sale de su cuarto: se pára de repente y retrocede mirando al sitio donde descansa don Juan.*)

Ines. El ángel! Hum! qué es esto? el ángel dijo!
y la luz de su frente? no la advierto...
(*Se adelanta con precaucion.*)
Se habrán sus alas roto? bien pudiera...
Es verdad... es el ángel! Pero... muerto...
Como yo su cabeza... esa cabeza
que torrentes de llama despedia
para siempre dobló... pobre alma mia!
Y bien?... ya somos dos... No me fatigo...
ni temo á los traidores... en buen hora
que vengan... Oh!... ya está el ángel conmigo!
(*Contemplándole cariñosamente.*)
Yo animaré tus ojos... De tu gloria
á brillar volverán los resplandores...
yo en torno tuyo cantaré mi historia...
tu blanca sien coronaré de flores.
Y no me dejarás, no? Siempre juntos
como ahora... verdad?
(*Don Juan hace un brusco movimiento y doña Inés huye espantada á un estremo de la escena.*)
Ah, todavía!

conmigo está enojado!
Juan. (*Volviendo de su letargo.*)
En Roma... en Roma...
sí... qué fatigado!
Aquí de mis delitos
la mancha lavarán... grande, muy grande...
mayor que la de todos los precitos!
Yo soy el dios del crímen... Sí por cierto!...
Ya estaba muerto aquel... y mi coraje
otra vez le mató... Dos veces muerto... (*Rie.*)
(*Gira la vista en torno, y repara en Inés y se incorpora violentamente.*)
Otra vez!... Esta sombra... esta fantasma,
creerá que el valor mio
con su vision fatídica se pasma?
No te he dicho otra vez que no me sigas?
Que á todas horas con tu ceño airado
con tu errante pisada me fatigas?
Ines. Pues dame tu perdon...
Juan. Yo no perdono!
Ven acá, ven acá...
Ines. No me harás daño?
Juan. A tí? ¡va! para tí no guardo encono.
Si fueras el traidor... ¡oh!... le he matado
una vez... y otra vez... y todavía
si en el polvo en que yace destrozado
se volviera á animar... le mataria.
Pero... no temas tú... ponte á mi lado.
(*Se acerca á Inés.*)
Por qué me sigues, dí? Yo muchas veces
te he visto... mas lejana, y vaporosa,
mas leve... por los aires conducida...
entonces... lo creerás? te tuve miedo...
Ines. Tuviste miedo?
Juan. Calla! No te he dicho
que tu risa quebranta mi denuedo?
De la noche en las auras te mecías
y volando en redor y revolando...
(*Llevándose la mano á la frente.*)
Sobre esta inmensa hoguera...
hora tu manto de crespon tendias...
hora creciendo hasta salvar las nubes

en ligero vapor te convertias.
Ahora... estás mas bella... quién te ha dado
tantas formas... poder tan infinito?...
Mi sombra no eres tú?

Ines. No eres tú el ángel?

Juan. El ángel? es verdad... ángel maldito
que del cielo cayó.

Ines. Tambien del cielo...
y en noche bien oscura me arrojaron.

Juan. Y en pena estás aquí? Cruzas el suelo
buscando un brazo fuerte que los lazos
que al suelo te sujetan fiero rompa
y te deje partir?... Hé aquí mis brazos;
de hierro son... dó quiera los aplico
brota sangre á torrentes... Mira, un dia...
no... no... que era una noche... á mí un villano,
un traidor... un aborto del infierno
hipócrita llegó... metió su mano
aquí en mi corazon... le dió tortura...
despues jugó con él... y yo irritado
el suyo atravesé. Cayó bañado
en su sangre el traidor... y, aun se reía!
Estonces de estos brazos ayudado
al viento le arrojé... y en una sima
para siempre se hundió. ¡No! nadie vino
á salvarle... se hundió... bajó sembrando
con sus tronchados miembros el camino.
Qué dices de mi fuerza? la daria
por asirle otra vez...

Ines. No! que tus brazos
los necesito yo... Tengo un tesoro....
y á quitármelo vienen cada dia.
Tú oponerles sabrás tu audacia fiera...

Juan. Dónde están? quiénes son? dime que hiera
y con presteza suma
verás á la ancha herida
asomarse y brotar la roja espuma.

Ines. Qué bien vamos á estar! Cuando aquí sola
de la vista de todos me escondia
al mas leve rumor... á un ¡ay! á un eco...
de terror... de terror me estremecia.
Te merezco un gran bien... te soy deudora,

quien quiera que tú seas... de la calma
que este mi seno esperimenta ahora.
Sòlo resta á mi afan... ese lejano
eterno murmurar que me anonada...
Cómo llegan sus ecos á mi oido!
Los oyes? Deshonrada, deshonrada!

Juan. Deshonrada! Quién habla de deshonra?
Dónde está mi furor? torpes mentiras!
quién soy no conoceis ya! No os estremece
todo el poder de mis tremendas iras?
(*En actitud de escuchar.*)

Ines. Sí... sí... porque se alejan... ya se apagan...
ya el murmullo cesó... Ya me han dejado
respirar libremente... si supieras
cuánto lejos de tí me han acosado!
Ya me ves... sin defensa... triste... sola...
porque él me abandonó, quién lo diria!

Juan. Quién es él?

Juan. Dices quién? el ángel era;
el que guardaba la esperanza mia.
Me dejó... me dejó... Sin él me vieron,
y esa prole de crímenes sedienta
á mí se abalanzó, gritando ronca...
«Impura!... á Dios tu liviandad afrenta...»
Qué decís?—La verdad —me contestaron.
Pruebas quieres? Sí, sí, mi afrenta ignoro...
y una prueba á mis manos arrojaron...
La quisieras tú ver? Es mi tesoro...

Juan. Sí!... sí! dámela al punto...

Ines. Espera... espera...

Juan. Dónde vas?

Ines. Está aquí... calla y vigila.
(*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

Juan. Quién aquí ha de venir, si de mis ojos
hasta las fieras huyen! Quién no teme
el hirviente volcan de mis enojos?

(*Sale Inés ocultando la caja que guarda sus cabellos y recatándose mucho.*)

Ines. No hay nadie? no vendrán? aquí la tengo...
pero, y si alguno al enseñarla asoma?

Juan. Le mataré...

Ines. Pues bien, la prenda quieres

que orígen es de mi vergüenza? Toma!
(*Le presenta la caja: don Juan se la arrebata y contempla con avidez.*)
Juan. Rayo de Dios! qué es esto?...
Ines. Los impíos
dicen que ahí va mi deshonor.
Juan. (*Abriendo la caja hondamente agitado.*)
La trenza de sus cabellos!
Ines. Sí... cabellos mios!
Juan. Los tuyos! Son los tuyos! Inés mia!
Dónde estoy? á su lado, en su presencia...
Pero... nada me dices... yo te adoro...
y adoro tu virtud y tu inocencia...
(*El rostro de doña Inés ha tomado una espresion de inefable placer; el conde y el doctor salen por la derecha.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INÉS. DON JUAN. EL CONDE. EL DOCTOR.

Doctor. Don Juan!
Juan. Aquí el doctor... tambien el conde?...
Doctor. Idos!... idos!...
Juan. Por qué? Si está tan bella!
Doctor. La matais, si hablais mas! Por Dios, dèjadme
un instante no mas solo con ella.
(*Apoyado en el conde se retira por el fondo. Doña Inés al ver que se aleja, espresando la posible angustia quiere seguirle.*)

ESCENA IX.

DOÑA INÉS. EL DOCTOR.

Ines. Qué! me deja...
Doctor. No señora.
Ines. Qué decia?
Doctor. Que sois pura.
Ines. Sí?
Doctor. Don Juan os lo asegura,
y mas que nunca os adora.

Ines. Ay de mí! (*Estremecida.*)
Doctor. Por Dios, llorad!
Ines. Tengo el alma tan herida...
Doctor. Llorad, que nos dais la vida!
Ines. Ay... doctor!... (*Cayendo en sus brazos.*)
Doctor. Dios de bondad!
(*Con entusiasmo y colocándola en un sillon.*)
Me conoce! Ya hay razon!
Bien, bien! Sollozar la escucho!
Sí, doña Inés, llorad mucho,
desahogad el corazon...

ESCENA X.

DOÑA INÉS. EL DOCTOR. EL CONDE.

Conde. Qué dice? la estais hablando?
Doctor. Silencio... callad... callad!...
Se ha salvado!
Conde. Eso es verdad!
Hija mia!...
Doctor. Está llorando!
Respetemos su fatiga...
Conde. Pero... me engañó el oido?
Doctor. No, conde; me ha conocido.
Conde. Ah, doctor! Dios os bendiga!
(*Abrazándole estrechamente.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



Jardin.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. EL DOCTOR.

Doctor. Ha sido muy acertado
dejar la antigua vivienda,
que tanto acontecimiento
desagradable recuerda
á nuestros pobres dementes,
y reemplazarla con esta.

Conde. En todo sigo, doctor,
las insinuaciones vuestras,
y cada vez mas me alegro
de obedeceros á ciegas.

Doctor. Vuestro interés, señor conde,
es solo el que me aconseja,
y hasta ahora, ya lo veis,
no vamos por mala senda.

Conde. Habeis tenido un acierto
que os honra sobremanera.
Os debo mas que la vida,
y perdonadme que vuelva

á ofreceros otra vez
cuanto en mi casa se encierra,
cuanto fuera de ella tengo
y pertenecerme pueda.

Doctor. La propia satisfaccion
por el triunfo de mi ciencia:
vuestra amistad y cariño,
me bastan por recompensa.
Lo demás todo me sobra
pues mi ambicion solo llega
á desear que aquí reine
la ventura mas completa.

Conde. Y reinará... ya pasó
el furor de la tormenta,
y de la bonanza el iris
sus bellos colores muestra;
porque, es verdad que los dos
en buen estado se encuentran?
Que, ya no hay miedo?

Doctor. Ninguno.
Esa vaguedad incierta...
esa calma tan glacial
que á veces esperimentan,
de lo mucho que han sufrido
son forzosa consecuencia.
Son restos... y lograremos
que en breve desaparezcan.
Si hubiérais visto á don Juan
al dispertarse en la nueva
estancia, cuán animado
se puso al ver la floresta!
Abrió todas las ventanas,
y contempló la belleza
del dilatado vergel,
del sol á la luz primera.
«Hermoso, hermoso! —decia—
qué delicada es la esencia
de estas flores! Oh, qué luz
tan clara, limpia y serena!
Qué perfume el de estas auras!
Qué trinos en la arboleda!
Qué fuentes!... no falta mas

para que esto un Eden sea
que el verde césped conozca
de mi Inés la blanda huella!»

Conde. De su Inés?

Doctor. Así la llama:
de preguntarme no cesa
cuándo la verá...

Conde. Que trate
de asegurar su cabeza,
y ya hablaremos despues.

Doctor. Pero, señor!...

Conde. Dudó de ella...
y sabeis que los pecados
se lavan acá en la tierra.

Doctor. Con el arrepentimiento...

Conde. Y á mas con la penitencia.

Doctor. Vuestro corazon abriga
una piedad tan inmensa.

Conde. Amo á don Juan como á Inés;
mas su fatal ligereza
me ha penetrado en el alma.
Además, aunque quisiera
olvidarla, sabe el rey
aquella terrible escena
entre don Juan y el baron;
y dice, y en ello acierta,
que quien por vengar su dama
á tales estremos llega,
mejor que para los cláustros
servirá para la guerra.
Conque ya veis... La campaña
de Portugal está abierta,
y espero que pronto el rey
lo conveniente resuelva.

Doctor. Está bien: su magestad
adquiere por esa cuenta
una espada que estará
pronta siempre á su defensa;
mas puede que doña Inés
opine de otra manera.

Conde. Doña Inés de lo pasado
confusamente se acuerda:

y además, es hija mia:
mi queja será su queja.

Doctor. (No insistamos.) Y, por qué
la teneis con sus doncellas,
del palacio en un estremo
sin permitirle que venga
á gozar de la frescura
de esta mansion tan amena?

Conde. Yo! Creeis que convendrá...

Doctor. Pues no? traedla, traedla,
que se distraiga: las flores,
el arroyo que serpea...
ejercen sobre estas almas
tan delicadas y tiernas
maravilloso poder
y saludable influencia.

Conde. Por ella voy al momento.

Doctor. Ya vereis como se alegra...

(*Se retira el conde y sale don Juan por la parte opuesta.*)

ESCENA II.

DON JUAN. EL DOCTOR.

Juan. Qué enojado está conmigo!
al acercarme se aleja!
le he llenado de amargura,
le inspiro horror, me detesta.

Doctor. Eh, qué hablais? Si no os ha visto:
ignoraba que tan cerca
estuviérais... porque os cree
cerrado en la estancia vuestra.

Juan. Está bien: de todos modos
son muy justas mis querellas.
Estuve enfermo, postrado,
y en una semana eterna
le he visto no mas un dia...
mi salud no le interesa.

Doctor. No seais con él ingrato;
durante vuestra dolencia
ha estado tan afligido
cual si vuestro padre fuera.
Ya estais mejor... no estrañeis

esa prudente reserva...
A la noble doña Inés
juzgásteis por la apariencia...

Juan. Y no basta lo sufrido
para lavar esa ofensa?

Doctor. Conoceis de nuestro conde
la suma delicadeza,
y es de creer que os impondrá
aunque leve alguna pena...

Juan. Y yo sabré resignado
cumplirla... como no sea
la de estar lejos de Inés...
porque eso me desespera.

Doctor. Pues de eso no mas se trata.

Juan. Pues ¡vive Dios! que se empeña
en mal asunto. No puedo
así vivir... aun fermentan
en mi corazon las iras
de la pasada tormenta
y atropellaré por todo
si no me permiten verla.

Doctor. Y bueno, qué lograreis,
don Juan, con esa violencia?

Juan. Verla y estar á su lado,
y contemplar su modesta
angelical hermosura.

Doctor. Y estais muy seguro que ella
aprobará que falteis
á las órdenes espresas
del conde?

Juan. Pues si ya sabe
que la adoro con inmensa
inestinguible pasion...
(*Como consultando su memoria.*)
Sí... sí... lo sabe... esta idea
quedó siempre fija en mí.
Despues de una lucha horrenda
para ocultarle mi amor...
debilitadas mis fuerzas
rompí una noche los lazos
que sujetaban mi lengua,
y dije que la adoraba...

Doctor. Y recordais su respuesta?
Juan. Su respuesta?... Es verdad, no...
no me la dió... ni pudiera;
vencida al bárbaro efecto
de mi acusacion violenta,
no dijo mas que palabras
cuyo recuerdo me aterra.
Doctor. Y bueno?
Juan. Pero no importa:
doctor, tengo la certeza
de que me ama... sí... sí...
callando me dió mil pruebas.
Doctor. Entonces; pero despues
dudásteis de su pureza.
Juan. Cómo! Será tan cruel
que castigarme pretenda
por un delito de amor
que tantos duelos nos cuesta?
Es cierto que procedí
con infernal ligereza:
mas la espiacion, cuál ha sido?
no basta? quiere que muera?
Pues bien, le daré mi sangre,
romperé todas mis venas,
y despues me será igual
que me adore ó me aborrezca...
Doctor. Pero dominad un poco
esa irascible fiereza...
Juan. No puedo, me es imposible,
me la roban, me exasperan...
Doctor. Ved que con ese arrebato,
os alejais de Inés bella.
Juan. Qué logro estando tranquilo?
Inés, Inés, quiero verla.
Doctor. Bien, la vereis.
Juan. Al momento.
Doctor. No puede ser.
Juan. Pues que pueda...
Doctor. Si palabra no me dais
de obrar con calma y prudencia,
don Juan, de vos me separo;
os empeorais y os encierran.

Juan. Para qué quiero salud
cuando la vida me pesa?
Doctor. Con que insistís?
Juan. No, doctor;
lo quereis, tendré paciencia:
me calmaré, seré mudo
como una estátua de piedra!
Os agrada así?
Doctor. Me agrada.
Juan. Pero al menos que la vea!
Doctor. Vamos, esto es otra cosa,
y en cuanto de mí dependa
haré por satisfaceros.
La vereis... mas será fuerza
que aprovecheis la ocasion.
y que el conde no lo sepa.
Con ella aquí bajará;
escondeos en la glorieta,
y en cuanto Inés quede sola
salís, la hablais...
Juan. Oh suprema
felicidad!
Doctor. Pronto!... pronto!
no os lo dije? Ya se acercan.
(*Don Juan se oculta entre el ramaje.*)

ESCENA III.

DOÑA INÉS. EL CONDE. EL DOCTOR.

Doctor. Llegue á alegrar en buen hora
este florido vergel
la reina de la hermosura.
Cómo os sentís?
Ines. Bien... muy bien...
Doctor. Y de firmeza?...
Ines. Cansada,
un poco... me sentaré.
Conde. Sí, hija mia, ven al lado
de este frondoso laurel.
Qué te parece el jardin?
Ines. Hermoso... muy bello es...

Conde. Pues todo es tuyo... deseo
que alegre disfrutes de él...
porque quiero verte alegre...
Ines. Sí... padre, os complaceré.
Doctor. Y, qué tal de animacion?...
Ines. De animacion... ya me veis;
cuanto puedo haciendo estoy,
mas... no es grande mi poder...
Sueño tanto! Me desvelo,
pasan horas dos y tres...
y al cabo cierro los ojos
para soñar otra vez.
Doctor. Como tan poco salís,
estais débil...
Criado. (*Sale.*) Un ugier
de palacio os trae un pliego
que á vos solo...
Conde. Sí, ya sé. (*Vase el criado.*)
Quieres quedarte, Inés mia,
ó á tu aposento volver?
Ines. Como os plazca. No estoy mal.
Doctor. Con ella me quedaré.
Conde. Alegradla, distraedla
en tanto que voy á ver...

ESCENA IV.

DOÑA INÉS. EL DOCTOR.

Doctor. A mi cuidado os confian,
donosa enferma, conque
demostrad á vuestro padre
qué yo sé cuidaros bien.
Ines. Lo sabe ya; buen doctor,
lo sé yo, y vos lo sabeis.
Decidme, si os preguntára
una cosa, responder
querríais?
Doctor. Por qué esa duda!
Ines. Qué es de don Juan?
Doctor. Doña Inés,
espresamente prohibido

nos está hablaros de él.

Ines. Así lo ha dispuesto el conde?

Doctor. Sí, señora... y es cruel...

Ines. Basta. Dadme vuestro apoyo...
á mi estancia volveré.

Doctor. Tan pronto? Sin llevar frutas
ni flores? no puede ser!
Esperad aquí un instante,
yo mismo las cojeré...
(Cuando don Juan se presente,
mudará de parecer.)

ESCENA V.

DOÑA INÉS.

Mas duelos... nuevo sufrir...
Siempre sola... siempre vana
esa ilusion que me afana...
Mañana... y ese mañana
no llega: amar y morir!
Alumbraron mi razon
para matar mis amores...
Ay de mí!... frutas y flores
no calman, no, los dolores
de mi triste corazon.
Darles un dia esperé
en la tierra algun consuelo...
Hoy vuelven á alzar el vuelo...
Puede que solo en el cielo
el premio de ellos esté.
El premio!... cuándo será?
Oh cuán poco el tiempo avanza!
Si el vivir sin esperanza
en nuevos males me lanza...
el cielo me salvará!

ESCENA VI.

DOÑA INÉS. DON JUAN.

Juan. (Sola... qué tardo en salir?)

Ines. (Pero... ah, me engaña el deseo!)
No es don Juan este que veo?
Juan. No, señora, que es un reo
que va su sentencia á oir.
Ines. Su sentencia... sí; verdad
que estais, don Juan, muy culpado...
Juan. Pero soy tan desgraciado!
Ines. Oh! no os debo oir... callad!
Juan. Muy grave ha sido la ofensa!
Muy enojada estareis...
mas no me condenareis
sin escuchar mi defensa.
Ines. Vos defensa para mí?
no os molesteis... os lo pido...
que os hable me está prohibido,
y os pueden hallar aquí.
Juan. Pues que vengan en buen hora:
al cabo tendrán que hallarme;
os vi... y no pienso alejarme
de vuestro lado, señora.
Ines. Que no, don Juan?
Juan. No, jamás!
Harta angustia he devorado;
harto he sufrido y callado...
no sufro ni callo mas.
Hubo un tiempo en que creía
que esta mi ardiente pasion
no sé por qué... el corazon
tenerla oculta debia.
Con la vida penitente
creció mi amoroso afan:
rechazó Dios á don Juan,
y se desbordó el torrente.
Bien sabeis cuanto luché;
mas la lucha era imposible,
y en aquella noche horrible
mi pasion os revelé.
Mas tambien saben los cielos
que al llegar á vuestro lado,
estaba, Inés, abrasado
por la fiebre de los celos.
De Dios os juro á la faz

que ignoraba en tal injuria,
que de tanto enojo y furia
mi seno fuera capaz.
Herí, maté, destruí
en aquel momento aciago...
porque el genio del estrago
iba delante de mí.
Mas vino el castigo en pos
hiriéndome doblemente...
porque érais vos inocente!
Ay, padecí por los dos!
Quedó en tinieblas sumida
nuestra razon... y hasta ahora
nuestra existencia, señora,
mas muerte ha sido que vida.
Pero el que todo lo alcanza
desde el solio en que se encumbra,
nuestra razon hoy alumbra
con el sol de la esperanza:
Él que os hable así dispone...
Él de este mi afan dolido,
amante y arrepentido
delante de vos me pone.
Hablad en nombre de Dios.
Sentenciadme sin despecho...
vos sola teneis derecho
para alejarme de vos.
Vos sola, ¿oís? nadie mas;
á vos sola acataré...
decid que salga y saldré...
para no volver jamás.

Ines. No... no!...

Juan. Cielos! qué he escuchado?
el perdon me concedeis?...

Ines. Ay, don Juan!... no conoceis
que há tiempo os he perdonado?

Juan. Corazon noble y amante,
ángel el mas escogido...
Cómo dudar he podido
de tu pureza un instante!

Ines. Callad... callad... no mas, no...
por ello os reconvengais...

Ya sé, don Juan, que me amais;
lo demás... se me olvidó.

Juan. Feliz, celestial momento!
qué de goces infinitos...

Conde. Doctor!... (*Dentro.*)

Ines. Cielos!

Doctor. (*Sale.*) Quietecitos.
(*Se dirige á encontrar al conde.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON JUAN. EL CONDE. EL DOCTOR.

Conde. Don Juan no está en su aposento...
Para asunto de interés
le he llamado, y no responde...

Doctor. No lo estrañeis, señor conde...
porque está con doña Inés.

Conde. Cómo! obedeceis así (*Reparando en ellos.*)
mis órdenes? En verdad...

Juan. Señor conde, perdonad
si no las obedecí.
Con vuestro enojo contaba;
verlo aplacado queria
pues sobre el alma tenia
un peso que me abrumaba.
Libre de él aun no quedó:
á doña Inés he implorado...
doña Inés me ha perdonado...
mas no me perdono yo.
Su afecto puro y sincero
es, señor, de tal valía,
que para alcanzarlo un dia
debo ganarlo primero.
Al rey Felipe de España
con vos á rogarle iré
que su permiso me dé
para salir á campaña.
Y cuando en ella reuna
la gloria que Inés merece,
entonces vos... si os parece,
decidireis mi fortuna.

5

Conde. Esto oigo? Bien, don Juan!
del noble cumplís la ley...
Este pliego os manda el rey.
Juan. (*Recorriéndolo con la vista.*)
Me nombra su capitan!
Oh, que mi valor se enciende
á honor tal del soberano...
Con que conquistar su mano
de mi bravura depende?
Conde. Sí; ganareis honra y prez...
Juan. Me dais vuestra bendicion?
Conde. Inés os dió su perdon...
y yo os bendigo á mi vez. (*Se abrazan.*)
Juan. Ah, señor! Para que venza
y nada mi honor empañe...
permites que me acompañe (*A Inés.*)
de tus cabellos la trenza?
Ines. Padre... (*Como consultándolo.*)
Conde. Está bien, hijo mio;
contigo la llevarás:
no puedo probarte mas
lo mucho que en tí confio.
Juan. Cuán feliz me haceis, señor!
Yo os dejaré bien probado
que no en vano habeis formado
tal concepto de mi honor.
Mi espada rayo seguro
será que hienda y divida;
los enemigos mi vida
respetarán... sí, lo juro,
de Inés por los ojos bellos,
pues de mi seno al abrigo
al combate irá conmigo
la trenza de sus cabellos.

FIN.